sarios de clase, y arrancado a costa de tanta sangre de tantos sacrificios!... a otros pueblos, cuya falta ha sido también la de creer defenderlo. ¡Un bienestar empapado con sangre proletaria, sangre fratricida que mancillaría la pureza de nuestra honra, de nuestra conciencia de clase! ¡Un bienestar recogido en el campo de lucha, de fronteras, de razas, de religiones, de intereses, después de tantos atropellos, de tantas violaciones, de tantas muertes, de tanta destrucción, de tanta desolación! ¡No, no! No podemos aceptarlo. Nos rebajaría demasiado. Sería indigno de nosotros. Habríamos roto para siempre con la humanidad consciente, con la fraternidad de los trabajadores y de los hombres libres del mundo. Sería macular ya la Internacional naciente, y prostituirnos a nuestra presentación ante el mundo del trabajo, de la producción, por un miserable «modus vivendi» regalado. Ese fruto, que el «monstruo» puede extraer de las entrañas de la humanidad, sin tener cuenta del doloroso desgarro de sus carnes, no nos pertenece. Lo rechazamos anticipadamente, por ser el amargo fruto del monstruo de la guerra.

No podemos, no debemos aceptar más que el fruto de nuestra constante convulsión o emancipación social, arrancado a la burguesía, a la madrastra de la humanidad, que lo tiene secuestrado después de haberlo usurpado a los que lo habían adquirido por su propio esfuerzo.

F. BARTHE

PEQUEÑO COMENTARIO

El respeto a la Ley

Hasta ahora la Ley había sido algo sagrado y venerado por algunos, temido y soportado por la mayoría y guardado fidelísimamente y defendido ante todo y por sobre de todo por aquellas personas cuya carrera o cargo público les encargaba velar por su respeto y cumplimiento.

La Ley constituía algo así como una ingente mole de granito ante la que todo se detenía y por encima de la cual nada ni nadie se atrevía a pasar, so pena de gravísimo riesgo.

La Ley resulta ser el *summum* de la Constitución política y una especie de panacea social. Todas las acciones humanas están sometidas a la Ley; su estricto cumplimiento conduce indefectiblemente a la felicidad completa...

Ante todo, y sobre todo, respeto a la Ley. Y el que no esté conforme u opine en contra de ella, que se jorobe; porque la Ley debe ser siempre y exactamente observada por todos los ciudadanos sin excepción alguna..., menos por nuesto actual presidente del Consejo de Ministros, el suavísimo señor Dato, quien, según copio de un periódico local, en la sección del Senado del día 8 del corriente, dijo: «que si para mantener la neutralidad se hubiese hecho preciso saltar por encima de la Ley, se hubiera saltado sin escrúpulo alguno de conciencia para salvar el país». Y se quedó tan fresco.

Nada menos que todo un presidente del Consejo de Ministros, suprema salvaguardia de la Ley, hace tan estupendas declaraciones. ¡Y a nuestros militantes que tantos disgustos y algo más les cuesta el disponerse a ir contra lo legal!

Póngase *ideal* o *individuo* donde dice *país* y el caso es el mismo.

¡Lo que tiene el no ser bastante ágil de piernas para saltar por encima de las leyes! ¡Oh, paradojas de la vida!

J. BOS

Barcelona, noviembre de 1915.

Anselmo Lorenzo[1]

No le conocí; su nombre inmortal, no llegó a mis oídos sino después de su muerte, cuando empezaba a vislumbrar en mi cerebro el digno y glorioso ideal del que el gran hombre fué un apostol. Por eso cuando todos le rinden homenaje, cuando hasta mi llegan las justísimas quejas de las compañeras, sufro, y aunque de mi pecho quieren salir las mías, mueren en mis labios.

Jamás tuve ocasión de exponer, ante un público, mi pensamiento, ni aun por la práctica se encuentra mi pobre inteligencia medio cultivada; por este fin, al dirigir hoy mi pobre recuerdo al gran anarquista, me aparto de la ciencia, de toda filosofía y de la buena literatura y, contando de antemano con la nobleza de los anarquistas, guío mi pluma con un corazón lleno de admiración y entusiasmo hacia Anselmo Lorenzo.

Nada puedo decir que vosotros, que le conocisteis, no hayáis dicho ya. Hablar de él, de sus libros, y eso lo he aprendido de vosotros; solo puedo deciros que mientras viva consagraré mi vida a su recuerdo; que todos los que sufrimos el pesado yugo, los que vivimos en la perpetua miseria, esclavos de la explotación, debemos continuar su obra. Sólo trabajando con la abnegación y altruismo que él nos ha dejado demostrado, conseguiremos romper la horrible cadena de la esclavitud, uniéndonos en estrechos lazos de fraternidad.

Vosotros, que habéis oído su voz y aprendido en sus libros, proclamás su talento, su desvelo por la justa causa que todos luchamos; al reconocer tan bellas cualidades debéis seguir su ejemplo; los que como yo, no tuvimos esa dicha, aprendiendo en vosotros seamos anarquistas como él, nobles, desinteresados; sirvanos de base su constante lucha por un ministerio del que ningún beneficio material obtuvo en su imperecedero trabajo en bien de la humanidad.

Honremos, pues, la memoria de Anselmo Lorenzo, del hombre honrado, laborioso, digno propagandista del gran ideal que profesó.

Al expresar hoy por primera vez mi sentimiento hacia Lorenzo, juzgo mi incapacidad de poder concebirle y solo espero benevolencia de cuantos estrecharon su mano, dando a tan humilde recuerdo todo el valor que a mi deseo le hubiese dado.

MATILDE BARBA

(1) Trabajo leído en la velada celebrada el 28 de noviembre, en conmemoración del primer aniversario de la muerte del compañero Anselmo Lorenzo.

Primer aniversario de la muerte de Lorenzo

Cuando Kropotkine recomendó hasta a las mujeres y niños de coger las armas en favor de unos Estados y por cierto entre los que figura el más reaccionario y el de mayor peligro para la paz de mañana, se disculpó su error por sus achaques y su edad.

¡Herejía! gritaron unos que nos llamaron analfabetos e ignorantes; que dijeron que ellos sabían porque habían estudiado y por eso evolucionaban.

Analfabetos e ignorantes, comprendimos que habrían estudiado, pero aprendido y evolucionado concurriendo con los cangregos.

«Kropotkine, repetían, está en el completo uso de sus facultades mentales» y hasta no faltó quien dijo que sin Kropotkine y Malato no existiría el ideal. Afortunadamente por esta vez los ignorantes y analfabetos, los místicos y religiosos hemos abandonado los santos.

Anselmo Lorenzo se colocó del lado opuesto. Anarquista, se pronunció contra todo Estado y contra la guerra. Y aquellos estudiosos que tanto habían aprendido, que protestaron por achacar a los achaques y a la edad el error de Kropotkine, decretaron el error de Lorenzo por sus achaques y su edad. ¡Cuánto pedante cuenta el mundo! Pero no los busquéis entre los ignorantes y analfabetos, sino entre los que por saber escribir cuatro líneas con corrección, se creen Séneca.s.

v. GARCÍA

Nuestra actitud ante la guerra

Los que no hemos perdido la serenidad en los momentos culminantes de esta guerra cruel y sangrienta; los que seguimos consecuentes a La Internacional y manteneemos enhiesta la cumbre del Ideal, sin desviarnos de las sublimes concepciones ideológicas; los que mantenemos incólume nuestra personalidad de todas las claudicaciones y corrupciones, sin hacer abstracción de nuestro ideal anarquista; los que seguimos laborando con la indomable perseverancia de nuestros esfuerzos por la paz, somos calificados de locos y simplistas

A nosotros, esos epítetos nada nos importan. Ellos, hundidos en el lodazal del patriotismo, han llegado a los múltiples grados de la perversidad, inventando toda clase de sofismas para justificar la guerra, incurriendo en la puerilidad de afirmar que su actitud a favor de ella era compatible con el ideal anarquista. ¡Mentira! La guerra nunca será compatible con el ideal anarquista, porque sólo quiere la paz, armonía y fraternidad de los pueblos. Es un ideal opuesto a todo derramamiento de sangre y rechaza todo lo que está fuera de la altruística concepción humana.

Los que nos combatís, antes de estallar la actual conflagración combatiais la guerra por ser de noción contraria a la naturaleza; combatiais ese crimen monstruo que aniquila y destruye a los pueblos... Y ahora, con vuestra propaganda impregnáis el ambiente de la belicosa atmósfera guerrera, poniéndonos al lado del gobierno y del militarismo para que satisfagan su desmesurada ambición de riquezas y honores con la sangre de los hijos de las masas proletarias. Con vuestra actitud os hacéis cómplices de ese crimen colectivo de destrucción y matanza y ayudáis a sostener al capitalismo, haciéndoos cómplices del estigma infamante de sus crímenes.

Como anarquistas, nuestro deber es, cuando se nos llama para encomendarnos la defensa de la patria, responder con la revolución para aniquilar a los preparadores de esas horribles matanzas y evitar esta horrible consecuencia del capitalismo: la guerra. Esta es y será nuestra actitud; trabajar por desplazar los hitos patrimoniales, derrocar las fronteras ficticias y luchar contra la causa de todas las guerras que siembran la desolación y la muerte y enrojecen el suelo fecundo de sangre. Esta es y será nuestra actitud: de odio infinito contra todos los tiranos de la tierra, de lucha incesante hasta que hayamos extirpado las múltiples y hondas raíces de todas las instituciones políticas, religiosas y autoritarias.

Seguiremos rebeldes, activos y enérgicos, desplegando todas nuestras energías y actividades en la liberación universal del proletariado. Nuestros esfuerzos de lucha serán para eliminar el sacrificio de vidas proletarias en holocausto del dios Marte, del capitalismo y la burguesía, porque el proletariado en la guerra sólo defiende los intereses del capitalismo y de la clase explotadora. Mientras los hijos de las masas proletarias en los belicosos campos de batalla caen destrozados por la metralla, la burguesía fija su ansiedad en si la Bolsa baja o sube.

¿Qué le importa a ella que la juventud pletórica de vida se inutilice? ¡Nada! Lo que le importa es ensanchar sus dominios de propiedad privada y explotación capitalista, por eso se amasa, deforma y oprime a la juventud en el cuartel, y en las escuelas oficiales se les imbuye la pérfida mistificación patriótica para mantenerla en actitud pasiva y hacerla servir de carne de cañón.

La guerra es un ambiente en que necesariamente el sentimiento altruista se anula y desaparece la sensibilidad; anula la noción del valor de la vida humana y la sensibilidad física y moral; anula el sentimiento de justicia inherente a la naturaleza humana; despierta los primitivos instintos feroces; estereotipa los signos de la desesperación y produce el desequilibrio mental. La guerra es la violencia, la brutalidad cruel y feroz que despierte los instintos sanguinarios y salvajes; es el saqueo, el robo, el incendio; todo lo arrasa y destruye. Si hacemos un estudio mesológico de la guerra, veremos que la causa eficiente es emergencia implícita de las siniestras instintcines políticas, militares y religiosas.

No, no desaparecerá ese crimen mónstruo hasta que no haya desaparecido el crimen nefando de todo lo estatuido, hasta que no hayamos derrocado esta crepitante y ampulosa sociedad; la espantosa guerra europea es prueba fehaciente de nuestra aseveración. Vemos a Turquía, a Austria-Hungría deseando establecerse en Servia; Turquía soñando establecer sus dominios en los Balkanes; a las naciones balkánicas, apeteciendo los restos de Turquía; Inglaterra, estableciéndose en el Transvaal, en Egipto y en Oriente; Francia, conquistando la Indochina, Madagascar, el Congo y Argelia; España, adueñándose de Marruecos; Italia, robando la Cirenáica; Alemania, queriendo anexionarse media Francia y Francia media Alemania.

No. Ni el triunfo de Francia ni el de Alemania será el fin de las guerras; sólo será el triunfo del militarismo para que una vez el vencedor se haya hecho fuerte continuar avasallando a los pueblos débiles. Triunfe Francia o Alemania en la actual guerra, el proletariado quedará en la misma situación, porque quedarán en pie los mismos instrumentos de opresión. Quedará el Gobierno, la legislación y la administración del Estado que usurpará la riqueza pública. No. El derecho de los trabajadores nunca será una realidad mientras exista la forma de gobierno, porque todo principio de autoridad es sinónimo de esclavitud y de injusticia, es incompatible con el ejercicio de la libertad.

Quedará la propiedad privada que será el summum de la usurpación capitalista. Quedará la burguesía que, como siempre, apelará a la brutalidad cruel de la fuerza para poner en manutención sus privilegios y el inicuo e infame derecho de sucesión. Quedará el capitalismo que absorberá nuestros productos y sudores. Quedará la religión, que con sus ídolos, fetiches y dogmas, mantendrá a la masa escéptica en la ignorancia y el embrutecimiento. Por último, quedarán todos los parásitos dañinos, que en los momentos más que nunca vemos en Francia e Inglaterra los más doctos varones, y detrás de ellos el pueblo rebuznador, quejarse amargamente de haber permitido la creación del Imperio alemán a los pequeños Estados que constituían anteriormente la Confederación germánica.

Es preciso hacer notar que esos pequeños Estados, mientras se mantuvieron divididos entre sí, fueron constantemente devorados por sus vecinos más poderosos, Francia en particular, que no cesaron de imponerles su ley hasta que la Alemania de la fuerza.

Duramente castigados en el curso de la epopeya napoleónica, no creyeron encontrar salvación posible más que en la unificación de todas sus fuerzas.

Una reacción nacional profunda se inició a raíz de ello en el seno de esos países autónomos, que les condujo, según las leyes de evolución de los Estados poderosos, a aplicarse voluntariamente el centralismo triunfador.

No cabe duda que, según la famosa doctrina de las nacionalidades, oriunda de la Gran Revolución y que proclama que todo pueblo tiene derecho a disponer libremente de sus destinos en su propia defensa, ese paso de los pequeños y débiles Estados germánicos constituyó un verdadero progreso en aquel momento.

Los intelectuales franceses de nuestros días no lo comprenden así, y es de deplorar por el buen nombre de aquellos principios, ellos, que son precisamente los hijos espirituales de aquella Gran Revolución, según nos hace observar accidentalmente en estas mismas columnas un fervoroso revolucionario internacionalista de la especie romántica.

La gran Alemania, nacida, pues, de la necesidad de hacer frente a las acometividades de sus vecinos más poderosos, coordinó sus esfuerzos con tal maña y buen acierto, que pronto puso en pie toda una gran potencia, pudiéndose mirar cara a cara con las otras ya establecidas.

Como todo organismo joven, pronto esparció por todas partes las pruebas de su lozanía y de su vigor.

Al mismo tiempo que una turba numerosa de emprendedores audaces con sólidas aptitudes bulbusas buscaron el medio y poner a provecho los filones de la riqueza nacional, un grupo de doctrinarios inteligentes y ávidos de brega, pusieron manos a la obra de construir un ideal nacional, sin el cual no es posible obtener la disciplina necesaria de las multitudes.

Toda la estruendosa ideología nacional, que tan caro cuesta a la Humanidad y a sus intereses generales, no es otra cosa más que el medio de convencer a la gran mayoría de expoliados de un país de que el deber primordial para ellos consiste en sacrificarlo todo al mayor bien de la financia nacional.

Así, pues, los intelectuales alemanes, imbuidos de tradicionalismo histórico, aplaudidos con ardor por los hombres que empezaban a crearse situaciones ventajosas en el seno del nuevo Imperio, secundados a profusión por las autoridades constituídas que sólo ansian extender el radio de su acción, se pusieron con furia a la tarea de engalanar al germanismo naciente con todas las flores que su ejercitada imaginación y extenso saber hacían brotar en sus molleras.

Sobre las bases sentadas por Leibnitz, Lessing, Gerder y Klopstock, se construyó un edificio atrevido en el que las más audaces especulaciones vinieron a cobijarse. Gervinus en 1830 preconizó, que la raza germánica, heredera directa de la raza griega, dió al mundo la sola literatura digna de este nombre desde la antigüedad, y que todos los progresos realizados no valen más que por la transformación que les ha hecho sufrir el genio de las razas del Norte.

Siendo, pues, Alemania la gran educadora moral e intelectual del mundo civilizado, la necesidad que se imponía por el momento era de descubrir el hombre político genial para establecer la supremacía material bienhechora. Este hombre, como es sabido, fué encontrado en la figura de Bismarck, quien consolidó la unidad nacional por medio de una serie de guerras afortunadas, que fatalmente elevaron la gloria militar a una gran altura y conquistaron para el nuevo Estado una buena parte de influencia en el famoso equilibrio europeo.

A partir de este momento culminante, el germanismo de los pensadores y de los artistas que habían quedado en gestación al calor de un grupo restringido de iniciados,salió ruidosamente de los libros y de las publicaciones especializadas,para aventurarse, en plena luz, a la conquista de las muchedumbres impresionadas y sensitivas que se hallaban revueltas de entusiasmo por los triunfos obtenidos en la arena de las luchas nacionales.

El pueblo rebuznador (perdonad mi blasfemia, ¡oh, dioses de la Democracia!) rebuznó en esta ocasión, como en todas las parecidas, con el ardor que le es peculiar y al compás de la batuta señorial y domadora.

Las elucubraciones imperialísticas más o menos fantásticas del conde de Gobineau, de Stewart Chamberlain y del famoso anónimo que, bajo el título de «El Emperador, la Cultura y el Arte», escribió el verdadero evangelio del pangermanismo, todo eso, fué destilado y condensado en una exposición doctrinal concisa, tomado en mano por los propagandistas de la naciente religión y librado como pasto intelectual a las masas alemanas, de quienes halagaba el orgullo y glorificaba la fortaleza.

¿Cuál es el ser mortal producto de nuestras civilizaciones que no se enternezca y que no se ufane cuando se vé con tan buenas palabras elevado a la categoría de semidios? ¿En dónde está la raza, la nación, o la provincia, que no se deje convencer de que sus cualidades están por encima de los demás? ¡Ningún pueblo se puede vanagloriar, a lo menos hasta el día, de haber sido capaz de refrenar los excesos del orgullo y de la pasión, excitados con premeditación por sus educadores interesados!... Hijo de la violencia del pasado y de la triste necesidad de competencia del presente, el pueblo alemán se precipitó a la adoración del eterno Moloch imperialista, que en esa ocasión tomó el nombre de pangermanismo.

Su esencia se reduce a lo siguiente: el germano, raza superior nacida para mandar, debe imponer su dirección a las razas inferiores que existen para obedecer.

Sus más modernos y más conspicuos predicadores, tales como el doctor Ostwald, cuya fama en química y en filosofía ha traspasado las fronteras de su país, anuncian el pangermanismo como el *descubrimiento hecho por la raza germánica del* FACTOR DE LA ORGANIZACIÓN. *Los otros pueblos viven todavía bajo el régimen del individualismo, mientras los alemanes están ya bajo el de la* ORGANIZACIÓN. *La etapa de la* ORGANIZACIÓN, *es una etapa de civilización más elevada.*

Alemania quiere ORGANIZAR A EUROPA, continúa diciendo el profesor de Leipzig, *pues hasta ahora Europa no ha sido* ORGANIZADA. *Entre nosotros todo tiende a obtener de cada individuo un máximum de producción en el sentido que puede ser más favorable para la sociedad. Esta es para nosotros la libertad en su forma más elevada.*

Y, más recientemente, ha declarado a un escritor español que le pidió una entrevista, *que era necesario la creación de un órgano central, cerebro de Europa y que éste no podía ser más que Alemania, pues ella sola posee el secreto de la* CULTURA ORGANIZADORA.

Ya vemos, pues, por la boca de uno de sus más caracterizados intelectuales, la filiación ideológica que se atribuye el pangermanismo. Es indudable, que si todos los habitantes de Europa nos dejásemos convencer por la bondad de la *organización* alemana, tan compenetrada del espíritu necesario al comercialismo e industrialismo moderno, el pangermanismo haría la felicidad de todos. Desgraciadamente para la gloria de toda hegemonía, el hombre no se puede resignar a la concepción estática de esos grandes sistemas autoritarios, que violentan la naturaleza humana en su ansia constante de diferenciación.

Sin embargo, el pueblo alemán mordió el anzuelo como muchos otros; se dejó catequizar copiosamente por sus hombres de ciencia unidos a los de la industria y de gobierno, produciendo en el país una corriente de misticismo imperialista como la hubieran deseado todas las demás grandes potencias europeas para sí.

La religión pangermánica, de la cual Guillermo de Hohenzollern era el Mesías declarado, fué, por la virtud de su fuerza reveladora, a despertar en el alma del pueblo ese mínimum de fanatismo brutal que dormita en él, como un legado de las pasadas edades.

Muchos discurridores, de esos que distribuyen palmas y azotes a uno u otro grupo beligerante, se obstinan en no querer ver más que el factor moral en las determinantes del pangermanismo, como si tan sólo fuera un problema de raza o cultural, completamente desligado del conflicto de las fuerzas económicas, que rigen más que nada la vida de la sociedad.

Al lado del pangermanismo intelectual, que invadió primeramente las esferas de selección del país, tendiendo a una aristocratización de la raza germánica, se desarrolló con inmenso vigor un pangermanismo especialmente económico y absorbedor, que tendía nada menos que a medir sus fuerzas con el imperialismo británico, establecido ya por todo desde hacía muchos años.

Dejaremos al cuidado de la psicología de la Historia, el decirnos algún día, si un germanismo fué anterior o posterior al otro; lo que se desprende actualmente del examen de los hechos es que ambos crecieron al unísono y en razón directa de los triunfos obtenidos por el segundo en el terreno económico.

Si se tratara solamente del pangermanismo como de un movimiento de exaltación de raza, tal como muchos interesadamente suponen, con seguridad se hubiera encontrado medio de contener sus excesos dentro del cauce puramente especulativo de la libre comunión espiritual, pues otros parecidos existen sin que sus estragos sean devastadores, pero cuando se vió un pueblo numeroso y enérgico despertar de golpe a las nuevas formas de producción, inventar técnicas que se revelaban superiores, y ejecutar empresas de alta trascendencia en el orden material, mientras, los pueblos que tenían por costumbre de acaparar el mercado comercial, empezaron a desconfiar de él, a mirarle con gran recelo y a oponerle todas las trabas posibles para contener su avance.

El sistema de la competencia comercial sin freno que dirige en nuestros días la producción y la distribución de la riqueza social, determina, no solamente rivalidades funestas entre pueblos cuyos intereses bien entendidos podrían muy bien armonizarse, sino que en el orden individual mismo conducen a menudo a los peores excesos.

El pueblo alemán, dirigido por una casta capitalista que veía grande y que tenía la audacia de sus concepciones, llegó a una adaptación desconocida de las exigencias que impone el industrialismo moderno que quiere triunfar.

Todo fué catalogado, previsto, especializado y medido, para conducir la producción a su mayor grado de intensidad. Maquinaria y obrero fueron llevados a una perfección nunca vista.

Las energías todas del país eran educadas y estimuladas hacia el trabajo intensivo y causa vértigo el considerar los resultados obtenidos por la industria alemana, en sus más recientes experiencias.

Si sus métodos no han sido adoptados en totalidad por los dirigentes de la actividad económica en los otros países, no ha sido porque, al mismo tiempo que la envidia, no hayan excitado la admiración más completa, sino porque los medios de que disponían y la calidad de sus concepciones industriales y mercantiles no alcanzaban, ni mucho menos, a la altura de sus congéneres de Alemania.

Esto es un hecho tan evidente, tan irrefutable en sí, que sólo hay que consultar o recordar tan siquiera los elogios y las excitaciones a la imitación prodigados abundantemente en pro del ejemplo alemán en los diferentes tratados, revistas económicas y en el seno mismo de las numerosas entidades que tienen por misión en los diferentes países de fomentar la producción nacional.

La manera alemana era la mejor, puesto que probaba ser la más arrolladora y la más convincente en los mercados, y ya sabemos que nuestra sociedad rinde indistintamente culto al dios *éxito* que abre las puertas de la riqueza y de la autoridad.

El germanismo económico, victorioso por todo de las emboscadas que sus rivales le tendían, atraía hacia sí capitales, de más en más, cuantiosos que se convertían rápidamente en nuevos medios de lucha comercial.

En la arena de las lides capitalistas vemos, pues, a Alemania ganar el primer sitio, batir todos los *records* y contribuir así, por los medios materiales más poderosos, a fomentar la propaganda imperialista de los militantes del pangermanismo de la misma manera que lo hizo el pasado siglo la marcha triunfante del comercialismo británico con respecto a los apóstoles endosados del *¡Rule Britannia!*

El acaparamiento y el goce exclusivo de las riquezas materiales hincha al hombre de orgullo y de sed de poder, y lo que es verdad para el hombre, lo es para los pueblos y las naciones, sin que los mejores ideales y las más pulidas fórmulas puedan venir a curarle de esos funestos excesos, siempre y cuando la acumulación de riquezas continúe siendo posible.

Los que persisten en denegar a Alemania el derecho a la expansión que, dada su densa población, le es tan urgentemente necesaria, Alemania les declarará, con su brutal franqueza, que sólo la fuerza crea el derecho, puesto que hasta nuestros días no ha habido país que se haya engrandecido bajo otros auspicios que los de la fuerza.

Alemania no es revolucionaria, no se embaraza de la preocupación de querer crear un nuevo concepto del derecho, como tampoco Francia ni Inglaterra, a pesar de sus oraciones de dulzura y de bondad.

El principio que las rige a todas es absolutamente idéntico. Sólo una cosa las diferencia: la eficacia de los medios puestos en práctica, y eso no es el efecto de la bondad de intervención, sino de la técnica militar disponible.

Lo único que importa es vencer, y esto, lo más pronto posible; dominar al rival e imponerle su ley y sus productos.

Todo lo demás son flores de retórica, buenas tan sólo para conducir al matadero inmundo a las multitudes sugestionadas.

La justicia y la libertad no tienen nada que ganar con la victoria o la derrota de esas potencias del mal y de la esclavitud.

DIONISIO NOR

A LOS RETRAIDOS

La vida se manifiesta en las sonoras vibraciones de la lucha activa por un ideal cualquiera, puesto que sin la continua actividad, sin el movimiento ininterrumpido, sin la agitación incesante, ésta (la vida) sería insoportable por lo monótona y soporífera. Así, pues, la lucha es la ampliación de la vida; sin aquélla no se concibe ésta; es más, carece de objetivo.

Partiendo de este concepto puramente racional; sentada esta verdad axiomática inconcusa, en mi criterio no se concibe el retraimiento, la deserción del campo de la lucha, de jóvenes, que debiendo tener por razón natural, plétora de vida, exuberancia de vida, siéntense cansados cuando aun no han tenido tiempo de haber hecho un regular trayecto por el sendero de abrojos y espinos que nos marca el estímulo sublime del bien común que impele al individuo a reaccionar contra el cúmulo de causas que determinan la influencia de todos.

No obstante esto, así sucede por desgracia. La elocuencia de los hechos nos lo demuestra continuamente con precisión matemática. Y es que no existen arraigadas y sólidas convicciones en estos individuos, o que han hecho tan ínfimo acopio de energías, que antes de empezar la lucha se les ha agotado y han tenido que detenerse a tomar alientos. No de otra forma se comprende esto.

Cuando se dice amar un ideal grande y excelso y se tienen además bríos de la juventud, el cansancio jamás enerva; los obstáculos excitan más y más nuestra rebeldía consciente, el peligro nos encanta, nos facina, nos atrae con una fuerza irresistible, pero nunca, bajo ningún pretexto, llegamos a ese estado de decadencia moral, precursora del frío escepticismo que degenera en la más odiosa apatía, impropia de almas grandes y bien templadas, y que sólo puede hacer presa en espíritus milenarios y pobres, en almas enfermas y raquíticas, aunque estas se alberguen en cuerpos jóvenes.

¡El cansancio! El cansancio significa debilidad, carencia de vitalidad, la pesadez de la ancianidad, la proximidad de la tumba fría. El que no lucha no vive, vegeta; pues no sale de la animalidad. No puede alegarse en esto, que la decepción sufrida en la lucha contra nuestro medio, determina el retraimiento, sin que esto sea en modo alguno, cansancio; no, la decepción no retrae a los fuertes, y los fuertes han de ser los que acometan la atrevida empresa de romper el círculo estrecho que, anacrónicas preocupaciones hijas de una educación nociva y perniciosa, tiene formado y ensanchar el horizonte de las modernas ideas, creando imágenes bellas e impulsando a los pueblos para que hagan conquistas ideales que reintegren la menoscabada personalidad de sus componentes, los proletarios, y sienten sobre una base sólida la Libertad y la Igualdad del humano linaje, con el establecimiento del reinado augusto de la Justicia.

Débiles, cansados, vencidos son los retraídos, aunque éstos traten de disfrazar esta pobreza de espíritu con la máscara de una mentida superioridad o con la ingratitud de las multitudes que justifique su apatía, y los vencidos son los cadáveres vivientes, pues en estos duelos no puede haber nada más que muertos moralmente o vencedores.

Inválidos que buscan refugio en la estructura social y hacen del mundo un lazareto infecto Son los que caen envueltos en el lodo del todo social, y ya en la charca nauseabunda, intentan dar gritos viriles, sin considerar que ellos son el graznido de los cuervos que, con las alas partidas, cayeron en las pestilentes aguas, donde tuvieron que beber las emanaciones pútridas.

Son, en fin, los que bailotean macábricamente, acompañando a su baile de sombras sin espíritu, la eterna canción del más negro pesimismo, sin que entonen jamás la canción rebelde de la vida.

Hombres momias que caminan sin luz en los ojos, sin risa en los lábios, sin poesía en el corazón, con la esfinge de la muerte en el altar de su pecho, haciendo del dolor y del sufrir un cobarde apostolado.

Tomen notan los retraídos, mediten y... obren.

JOSÉ ARRANZ

Barcelona.

Las lecciones de la guerra

VII

Pangermanismo

El hecho de ser Alemania el gran Estado europeo de más reciente constitución es el motivo, aparentemente fundamental, por el cual un gran número de nuestros contemporáneos, venidos de todas las ideologías, han creído ver en él la mayor amenaza a la paz idílica que Europa disfrutaba antes de este advenimiento.

Si no con la mayor lógica, a lo menos con la mayor buena fe, se ha querido abrir el debate para disputar a Alemania el derecho de convertirse en potencia de primera magnitud y de ejercer, en las diferentes esferas de influencia, las sanciones correspondientes al uso establecido por las demás potencias.

Las pretensiones de ese Estado a desarrollar por esos benditos mundos sus ansias de dominio y de expansión, parecieron a los otros Estados ya constituídos altamente intempestivas e intolerables, y en estos trágicos momentos más que nunca vemos en Francia e Inglaterra los más doctos varones, y detrás de ellos el pueblo rebuznador, quejarse amargamente de haber permitido la creación del Imperio alemán a los pequeños Estados que constituían anteriormente la Confederación germánica.

Es preciso hacer notar que esos pequeños Estados, mientras se mantuvieron divididos entre sí, fueron constantemente devorados por sus vecinos más poderosos, Francia en particular, que no cesaron de imponerles su ley hasta que la de la Alemania de la fuerza.

Duramente castigados en el curso de la epopeya napoleónica, no creyeron encontrar salvación posible más que en la unificación de todas sus fuerzas.

Una reacción nacional profunda se inició a raíz de ello en el seno de esos países autónomos, que les condujo, según las leyes de evolución de los Estados poderosos, a aplicarse voluntariamente el centralismo triunfador.

No cabe duda que, según la famosa doctrina de las nacionalidades, oriunda de la Gran Revolución y que proclama que todo pueblo tiene derecho a disponer libremente de sus destinos en su propia defensa, ese paso de los pequeños y débiles Estados germánicos constituyó un verdadero progreso en aquel momento.

Los intelectuales franceses de nuestros días no lo comprenden así, y es de deplorar por el buen nombre de aquellos principios, ellos, que son precisamente los hijos espirituales de aquella Gran Revolución, según nos hace observar accidentalmente en estas mismas columnas un fervoroso revolucionario internacionalista de la especie romántica.

La gran Alemania, nacida, pues, de la necesidad de hacer frente a las acometividades de sus vecinos más poderosos, coordinó sus esfuerzos con tal maña y buen acierto, que pronto puso en pie toda una gran potencia, pudiéndose mirar cara a cara con las otras ya establecidas.

Como todo organismo joven, pronto esparció por todas partes las pruebas de su lozanía y de su vigor.

Al mismo tiempo que una turba numerosa de emprendedores audaces con sólidas aptitudes bulbusas buscaron el medio y poner a provecho los filones de la riqueza nacional, un grupo de doctrinarios inteligentes y ávidos de brega, pusieron manos a la obra de construir un ideal nacional, sin el cual no es posible obtener la disciplina necesaria de las multitudes.

Toda la estruendosa ideología nacional, que tan caro cuesta a la Humanidad y a sus intereses generales, no es otra cosa más que el medio de convencer a la gran mayoría de expoliados de un país de que el deber primordial para ellos consiste en sacrificarlo todo al mayor bien de la financia nacional.

Así, pues, los intelectuales alemanes, imbuidos de tradicionalismo histórico, aplaudidos con ardor por los hombres que empezaban a crearse situaciones ventajosas en el seno del nuevo Imperio, secundados a profusión por las autoridades constituídas que sólo ansian extender el radio de su acción, se pusieron con furia a la tarea de engalanar al germanismo naciente con todas las flores que su ejercitada imaginación y extenso saber hacían brotar en sus molleras.

Sobre las bases sentadas por Leibnitz, Lessing, Gerder y Klopstock, se construyó un edificio atrevido en el que las más audaces especulaciones vinieron a cobijarse. Gervinus en 1830 preconizó, que la raza germánica, heredera directa de la raza griega, dió al mundo la sola literatura digna de este nombre desde la antigüedad, y que todos los progresos realizados no valen más que por la transformación que les ha hecho sufrir el genio de las razas del Norte.

Siendo, pues, Alemania la gran educadora moral e intelectual del mundo civilizado, la necesidad que se imponía por el momento era de descubrir el hombre político genial para establecer la supremacía material bienhechora. Este hombre, como es sabido, fué encontrado en la figura de Bismarck, quien consolidó la unidad nacional por medio de una serie de guerras afortunadas, que fatalmente elevaron la gloria militar a una gran altura y conquistaron para el nuevo Estado una buena parte de influencia en el famoso equilibrio europeo.

A partir de este momento culminante, el germanismo de los pensadores y de los artistas que habían quedado en gestación al calor de un grupo restringido de iniciados,salió ruidosamente de los libros y de las publicaciones especializadas,para aventurarse, en plena luz, a la conquista de las muchedumbres impresionadas y sensitivas que se hallaban revueltas de entusiasmo por los triunfos obtenidos en la arena de las luchas nacionales.

El pueblo rebuznador (perdonad mi blasfemia, ¡oh, dioses de la Democracia!) rebuznó en esta ocasión, como en todas las parecidas, con el ardor que le es peculiar y al compás de la batuta señorial y domadora.

Las elucubraciones imperialísticas más o menos fantásticas del conde de Gobineau, de Stewart Chamberlain y del famoso anónimo que, bajo el título de «El Emperador, la Cultura y el Arte», escribió el verdadero evangelio del pangermanismo, todo eso, fué destilado y condensado en una exposición doctrinal concisa, tomado en mano por los propagandistas de la naciente religión y librado como pasto intelectual a las masas alemanas, de quienes halagaba el orgullo y glorificaba la fortaleza.

¿Cuál es el ser mortal producto de nuestras civilizaciones que no se enternezca y que no se ufane cuando se vé con tan buenas palabras elevado a la categoría de semidios? ¿En dónde está la raza, la nación, o la provincia, que no se deje convencer de que sus cualidades están por encima de los demás? ¡Ningún pueblo se puede vanagloriar, a lo menos hasta el día, de haber sido capaz de refrenar los excesos del orgullo y de la pasión, excitados con premeditación por sus educadores interesados!... Hijo de la violencia del pasado y de la triste necesidad de competencia del presente, el pueblo alemán se precipitó a la adoración del eterno Moloch imperialista, que en esa ocasión tomó el nombre de pangermanismo.

Su esencia se reduce a lo siguiente: el germano, raza superior nacida para mandar, debe imponer su dirección a las razas inferiores que existen para obedecer.

Sus más modernos y más conspicuos predicadores, tales como el doctor Ostwald, cuya fama en química y en filosofía ha traspasado las fronteras de su país, anuncian el pangermanismo como el *descubrimiento hecho por la raza germánica del* FACTOR DE LA ORGANIZACIÓN. *Los otros pueblos viven todavía bajo el régimen del individualismo, mientras los alemanes están ya bajo el de la* ORGANIZACIÓN. *La etapa de la* ORGANIZACIÓN, *es una etapa de civilización más elevada.*

Alemania quiere ORGANIZAR A EUROPA, continúa diciendo el profesor de Leipzig, *pues hasta ahora Europa no ha sido* ORGANIZADA. *Entre nosotros todo tiende a obtener de cada individuo un máximum de producción en el sentido que puede ser más favorable para la sociedad. Esta es para nosotros la libertad en su forma más elevada.*

Y, más recientemente, ha declarado a un escritor español que le pidió una entrevista, *que era necesario la creación de un órgano central, cerebro de Europa y que éste no podía ser más que Alemania, pues ella sola posee el secreto de la* CULTURA ORGANIZADORA.

Ya vemos, pues, por la boca de uno de sus más caracterizados intelectuales, la filiación ideológica que se atribuye el pangermanismo. Es indudable, que si todos los habitantes de Europa nos dejásemos convencer por la bondad de la *organización* alemana, tan compenetrada del espíritu necesario al comercialismo e industrialismo moderno, el pangermanismo haría la felicidad de todos. Desgraciadamente para la gloria de toda hegemonía, el hombre no se puede resignar a la concepción estática de esos grandes sistemas autoritarios, que violentan la naturaleza humana en su ansia constante de diferenciación.

Sin embargo, el pueblo alemán mordió el anzuelo como muchos otros; se dejó catequizar copiosamente por sus hombres de ciencia unidos a los de la industria y de gobierno, produciendo en el país una corriente de misticismo imperialista como la hubieran deseado todas las demás grandes potencias europeas para sí.

La religión pangermánica, de la cual Guillermo de Hohenzollern era el Mesías declarado, fué, por la virtud de su fuerza reveladora, a despertar en el alma del pueblo ese mínimum de fanatismo brutal que dormita en él, como un legado de las pasadas edades.

Muchos discurridores, de esos que distribuyen palmas y azotes a uno u otro grupo beligerante, se obstinan en no querer ver más que el factor moral